

SELECCIÓN DE MARIANO VILLARREAL Y LUIS PESTARINI

TERRA NOVA

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN CONTEMPORÁNEA

VOL. 2



Terra Nova fue uno de los proyectos editoriales más interesantes del año 2012: una antología de ciencia ficción contemporánea que reunía los mejores relatos del género escritos en la actualidad, dentro y fuera del mundo hispanohablante. El primer volumen fue todo un acontecimiento. Se financió por suscripción, recibió críticas sobresalientes de los aficionados a la ficción especulativa y obtuvo un total de siete nominaciones en los Premios Ignotus (organizados por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror), lo que constituye un récord absoluto en estos galardones. Nació como un proyecto con vocación de continuidad y ahora, en Fantascy, editamos el segundo volumen.

Terra Nova vol. 2 es una cuidada selección de historias sorprendentes, terribles y maravillosas escritas por las más destacadas firmas de ciencia ficción del momento, tanto de España e Iberoamérica como a nivel mundial, galardonadas y finalistas de los más prestigiosos premios internacionales: autores como Greg Egan, Aliette de Bodard, Ken Liu, Adam-Troy Castro, Carlos Gardini y Ramón Muñoz, entre otros. Una narrativa accesible para cualquier lector que fomenta el pensamiento crítico y se sustenta en tramas que denuncian el totalitarismo, la dominación de la mujer y el desprecio por los derechos humanos, junto con sobrecogedores testimonios de guerra, perturbadoras fantasías políticas, inusuales historias de amor, comprometidas propuestas éticas y poéticas apologías de la belleza y la música.

Presentación

La ciencia ficción es, probablemente, la literatura que mejor define nuestro presente cambiante. No en vano, desde la extrapolación y la metáfora del futuro, es la narrativa que más se preocupa acerca de los problemas, desafíos y oportunidades que brinda nuestra sociedad actual y venidera, y su propósito no es otro que analizar una realidad en continuo cambio.

Al margen de su etiqueta comercial, que algunos estudiosos tachan de incorrecta (en puridad, el término anglosajón *science fiction* debería haberse traducido como ficción científica), cabe señalar que esta temática comprende no solo narraciones basadas en aspectos científicos y/o tecnológicos sino también, y sobre todo, aquellas que afectan directamente a las relaciones humanas y los conflictos sociales, como no podía ser de otra manera tratándose de un género literario.

En el último cuarto de siglo se ha dado un paso de gigante en cuanto a su normalización respecto a los lectores, publicaciones, editoriales, prensa y crítica académica. Hoy día la ciencia ficción impregna todos los órdenes de nuestra vida y es perfectamente natural mantener una conversación formada sobre avances futuros en ingeniería genética, clonación, implantes cibernéticos, criogenia, ciberespacio, inteligencia artificial, revolución informática, viajes espaciales y en el tiempo, futuro de la humanidad y del planeta Tierra e, incluso, sobre un posible contacto con una inteligencia extraterrestre, temas que hasta hace poco eran terreno exclusivo de científicos y aficionados a las publica-

ciones especializadas. La ciencia ficción es, pues, una herramienta magnífica para especular acerca de nuestra relación con el mundo y, en particular, con los avances científicos, y ofrece una gran oportunidad para conocernos mejor como seres humanos.

Pese a todo, es curiosa la imagen icónica que arrastra el género para un amplio imaginario colectivo, que tiende a asociar ciencia ficción con naves espaciales batallando en el espacio, pistolas de rayos desintegradores, malévolos alienígenas que invaden nuestro planeta y fornidos héroes al rescate de bellas damiselas en apuros; una situación que no suele ocurrir en otros géneros como el policíaco, el *western* o la novela histórica, que se recuerdan siempre por sus mejores títulos. Ciertamente, este tipo de obras siguen formando parte del acervo del género, y a ello sin duda ha contribuido de manera notable el séptimo arte con sus — en general— carísimos efectos especiales y pésimos guiones, pero esa imagen trasnochada, ingenua, ridícula, escapista y literariamente intrascendente está quedando afortunadamente atrás, arrinconada en el baúl de los recuerdos por obras excelentes escritas por grandes narradores actuales de prestigio.

Así, al margen de que porten o no una etiqueta genérica, podemos encontrar ciencia ficción literaria de calidad en libros como *La carretera* de Cormac McCarthy (novela sobre la paternidad enmarcada en un entorno postapocalíptico, ganadora del premio Pulitzer en 2007), *La conjura contra América* de Philip Roth (ejercicio de historia alternativa en la que el premio Príncipe de Asturias de las Letras fabula en torno al ascenso del fascismo en la América previa a la Segunda Guerra Mundial), *El cuento de la criada* de Margaret Atwood (en la que la también premio Príncipe de Asturias de las Letras imagina un estado totalitario, puritano y opresor, en el que se instrumentaliza el papel de la mujer), *El sindicato de policía yiddish* de Michael Chabon (una trama detectivesca ambientada en un mundo alternati-

vo donde el estado de Israel nunca existió y la diáspora judía se concentra en una ciudad remota de Alaska), *La mujer del viajero del tiempo* de Audrey Niffenegger (una excelente historia romántica sobre viajes en el tiempo), *Nunca me abandones* de Kazuo Ishiguro (obra distópica que plantea con inusitada sensibilidad el uso terapéutico generalizado de clones humanos), *La chica mecánica* de Paolo Bacigalupi (un relato realista que destapa el uso perverso de la ingeniería genética al servicio de los grandes intereses económicos de las corporaciones multinacionales). o *El mapa del tiempo* de Félix J. Palma (una encantadora trama victoriana que homenajea las grandes novelas clásicas de H.G. Wells, y que mereció el premio Ateneo de Sevilla en 2008), primera parte de una trilogía cuya segunda entrega es *El mapa del cielo* (2012) y cuya culminación se espera con verdadera pasión.

Pero la ciencia ficción no está formada únicamente por novelas. De hecho, la narrativa breve ha sido uno de los espacios donde más y mejor se ha desarrollado el género a lo largo de toda su historia. Relatos y novelas cortas que exploran ideas originales e intelectualmente provocadoras, que plantean probables situaciones de conflicto y nuevos cursos de acción para la humanidad o un grupo determinado de personas, y que suelen responder al condicional contrafáctico: «¿Qué habría pasado si...?».

Podemos citar multitud de relatos memorables: antologías emblemáticas como *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, *Visiones Peligrosas* de Harlan Ellison, *Mirrorshades* de Bruce Sterling, *Axiomático* de Greg Egan o *La historia de tu vida* de Ted Chiang; cuentos brillantes de verdaderos especialistas como J.G. Ballard, Philip K. Dick, George R.R. Martin, Ursula K. Le Guin, Theodore Sturgeon, Roger Zelazny, Alfred Bester, James Tiptree, Jr., William Gibson, Arthur C. Clarke, Cordwainer Smith, Connie Willis, Vernor Vinge... y, por supuesto, autores españoles como Juan Miguel Aguilera y Javier Redal, Rafael Marín, Elia Barceló, César

Mallorquí, Rodolfo Martínez, Javier Negrete, Félix J. Palma, León Arsenal, Eduardo Vaquerizo, Ramón Muñoz, y un largo etcétera; cuentos ampliados posteriormente al mucho más comercial formato de novela («El juego de Ender» de Orson Scott Card); relatos publicados de forma independiente, reunidos luego para formar una única obra (*Fundación* de Isaac Asimov, *Dune* de Frank Herbert); y hasta largometrajes basados en relatos (2001. *Una odisea en el espacio* de Stanley Kubrick está basado en el cuento «El centinela» del citado Clarke).

La presente antología surge como un intento por dar a conocer a un público amplio la mejor literatura de ciencia ficción que se escribe hoy día en formato breve, y fomentar al mismo tiempo la producción de obras escritas originalmente en español. Traducciones y textos autóctonos publicados en igualdad de condiciones en cuanto a espacio y nivel de exigencia especulativo y literario. Un proyecto ilusioante conformado por un equipo humano de auténticos profesionales, entre traductores especializados en narrativa de ciencia ficción, colaboradores a la búsqueda de material extranjero, ilustrador y coordinador/seleccionador.

Tras la excelente acogida dispensada al primer volumen publicado por la pequeña editorial Sportula, *Terra Nova* inicia ahora su andadura en el sello Fantasy. Un libro compuesto por once narraciones cortas, seis de ellas traducidas del inglés y seleccionadas de entre más de un centenar de relatos publicados en los últimos años. El objetivo es indudablemente ambicioso: incluir solo lo mejor de entre lo mejor, aquellas historias más cercanas a las preocupaciones e inquietudes del ciudadano medio y con referentes socioculturales próximos. Naturalmente, muchos relatos espléndidos han quedado en el camino, pero esperamos recuperarlos en próximos volúmenes.

Afortunadamente, aunque mayoritaria, la mejor ciencia ficción que se escribe hoy día no procede exclusivamente de Estados Unidos, ni siquiera de países anglosajones, sino

de todas las culturas del mundo, países otrora remotos como Australia, China o Finlandia, y esperemos que muy pronto también se exporte de España y Latinoamérica. Sirva de ejemplo la presente antología, que de los ocho escritores extranjeros incluidos solo uno es natural de Estados Unidos, aunque bien es cierto que la mayoría escribe directamente en inglés, una colonización cultural que esperamos sea pronto contrarrestada por la buena narrativa en español y otras culturas emergentes.

Estoy seguro de que las historias que aquí les presentamos, sorprendentes, terribles y maravillosas, escritas por las mejores firmas del momento y en gran parte galardonadas y/o finalistas de los más prestigiosos premios internacionales, suscitarán su atención e interés. Están narradas de una forma engañosamente sencilla, que no oculta su gran riqueza de matices, emotividad y profundidad humana; una narrativa accesible para cualquier lector que fomenta el pensamiento crítico y se sustancia en tramas que denuncian el totalitarismo, la dominación de la mujer y el desprecio por los derechos humanos, junto a sobrecogedores testimonios de guerra, perturbadoras fantasías políticas, inusuales historias de amor, comprometidas propuestas éticas y poéticas, apologías de la belleza y la música. Ahora depende de ustedes, los lectores, que este apasionante proyecto que es *Terra Nova* sea acogido con éxito y tenga una pronta continuidad. *Per aspera ad astra*.

MARIANO VILLARREAL

LA TEXTURA DE LAS PALABRAS

Felicidad Martínez

Felicidad Martínez (Valencia, 1976) es ingeniera técnica en diseño industrial, y compagina su labor profesional como ilustradora y profesora de diseño con la escritura, principalmente de ciencia ficción. Tiene publicados cuentos en la revista electrónica argentina *Axxon* y en la antología *Visiones 2007* editada por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, entre otros.

«La textura de las palabras» fue publicado en 2012 dentro de la antología-homenaje al más vasto y grandioso universo de *Space Opera* que ha dado jamás la ciencia ficción española: la saga de Akasa-Puspa de los escritores Juan Miguel Aguilera y Javier Redal, una epopeya de ciencia ficción dura ambientada en el remoto futuro, escrita con el máximo rigor científico y que ha sido comparada con clásicos como *La paja en el ojo de dios* y *Mundo anillo*. En este caso, el relato de Felicidad trasciende el escenario de la saga para ofrecer una historia de lectura independiente que demuestra una especial sensibilidad.

Un relato terrible y extraordinariamente emotivo al mismo tiempo, cuya profundidad de discurso corre pareja con la introspección de unos personajes magníficamente retratados en la sociedad que habitan. Un canto a la libertad y una denuncia del papel asignado a la mujer en las sociedades totalitarias opresoras. Una historia magnífica hermanada con otras tan notables como *El cuento de la criada* de Margaret Atwood o las mejores obras de esa autora genial que es Ursula K. Le Guin y que, creemos, resultará de interés no solo para el aficionado a la ciencia ficción sino para cualquier lector mínimamente comprometido.

Para Charni, al principio el mundo era ruido. Principalmente ruido.

Unas veces le llegaba de cualquier parte; otras, ella era el origen. O eso le parecía.

Hasta el dolor y el hambre eran ruido. Y, poco a poco, fue dándose cuenta de que podía producir el suyo propio, a voluntad, para aplacar ambos; aunque no siempre obtenía resultado de forma inmediata.

También había sabores y aromas que, combinados con el ruido, le permitieron conseguir una respuesta más rápida a sus necesidades. Sin embargo, lo que le ayudó al final a ser consciente del espacio que ocupaba en aquel extraño mundo ilimitado fue el tacto.

No fue fácil al principio.

Las sensaciones, las texturas estaban ahí, rodeaban su existencia. Suave, áspero, frío, húmedo... De manera instintiva emitía un ruido con las agradables y otro con las desagradables; pero a veces no era suficiente.

Había dos puntos de su existencia, dos recolectores independientes de información, que le permitían sentir y percibir lo que había cerca de ella o, en su defecto, aliviar el desagrado en ciertas zonas de su ser. Eran un punto de información increíble.

Cuando otra presencia, otra existencia, ejercía una presión agradable sobre ella, rodeándola, emitiendo sonidos relajantes en vez de ruidos, solo tenía que pensar en alcanzar la fuente de esas sensaciones y, al instante, percibía cercanía. Una extraña sensación de protección y cuidado.

A veces algo obligaba a aquellos dos recolectores sensibles a percibir texturas y, lo más desconcertante, sonidos. Vibraciones, en realidad, que procedían de un foco emisor de ruido muy similar al que ella tenía en una zona de su existencia y con el que hasta entonces había podido expresar hambre, dolor, sueño, incomodidad, placer... Y poco a poco su foco fue capaz de imitar aquellos sonidos emitidos por la fuente externa.

Lo más increíble, no obstante, fue descubrir, a través de dichos puntos de absorción de información, que existían más cosas y que eran finitas. Tenían... contorno. Así supo de los conceptos: grande, pequeño, igual, más grande que, más pequeño que... ¡Y había más existencias con texturas! Existencias independientes unas de otras. E incluso la suya tenía límites. ¡Límites! Y, lo más increíble: se expandían. Cuanto más tardaba en realizar una comprobación y la siguiente, más lo notaba.

De esta manera, con el transcurso de su propia expansión, aprendió a diferenciar ruido de sonido; sonido de vibraciones; vibraciones de repeticiones; repeticiones de conceptos, y conceptos de palabras. Y lo que la convertía en un ente aislado de las demás existencias era la palabra Charni.

Poco a poco fue capaz de diferenciar con bastante precisión las distintas existencias que rodeaban la suya, así como asociar una palabra, un concepto transformado en sonido, para designarlas.

Había, principalmente, dos tipos: inerte y vivo.

Las inertes requerían práctica para reconocerlas y diferenciarlas de otras porque, a pesar de poseer textura, aroma y sabor, por lo general no emitían ruido, a menos que se las obligara a producirlo. Aun así, las características que las definían solían ser invariables, por lo que una vez aprendidas y memorizadas, resultaba difícil errar la identificación.

Las existencias vivas, por el contrario, eran más complejas. Ciertamente que producían continuamente ruidos y sonidos muy característicos, por muy sutiles que estos fueran. Sin embargo, sus rasgos podían ser variables. Las texturas, los aromas, incluso los sonidos podían sufrir cambios. Unas veces de forma leve y otras, destacada.

Charni debía concentrarse siempre al máximo, con todos sus sentidos, para reconocerlas y diferenciarlas de manera satisfactoria. Aunque descubrió que la clave residía, sobre todo, en aquellas existencias vivas de límites que no se expandían. Y es que una vez se memorizaban las curvas de su contorno superior y las comparaba con el suyo propio, aun a pesar de los cambios menores que pudieran sufrir, el margen de error para identificarlos era mínimo.

No obstante, lo que tenía fascinada a Charni era la articulación de sonidos que se empleaban para designar las distintas existencias y sus implicaciones.

A las existencias inertes se las reconocía e identificaba, generalmente, por una palabra, mientras que las vivas, ya complejas de por sí, podían tener asignado más de un sonido articulado, dependiendo de qué existencia las nombrara.

Por ejemplo, a ella le habían hecho entender que la palabra que la definía como entidad era Charni. Aun así, la existencia viva más cercana a ella (aroma dulce con un toque agrio, textura suave y cálida, sabor ligeramente salado, sonido melódico y, hasta hacía poco, suministradora de alimento) utilizaba a veces la palabra «hija».

Cuando así lo hacía había implicaciones agradables, mientras que si la designaba como «Charni», solía ser para llamar su atención y, en ocasiones, bien ordenarle algo después, bien reprenderla por los errores o faltas cometidas.

Por otro lado, había otra entidad (aroma fuerte con un puntito de acidez, textura suave y algo húmeda, sabor ligeramente agrio y sonido grave y áspero), que aparecía con frecuencia en el campo de existencia que ambas habitaban,

produciendo gran cantidad de sonidos contra las existencias inertes. Esta nunca usaba la palabra «Charni», sino «niña». O, cuando quería implicar rechazo hacia ella, «mocososa». Ocasionalmente, eso sí, añadía «tu» a la designación «hija», pero solo cuando hablaba de ella a la entidad cercana como si Charni no estuviera presente... aunque así fuera.

Pero la cosa no quedaba ahí, no. Las ramificaciones e implicaciones de los nombres eran complejas y ligadas a la referencia de los distintos orígenes.

A la existencia cercana, sin ir más lejos, no le gustaba que Charni la llamara «Kesha», como sí hacían las otras (por lo general de aromas agradables y sonidos suaves) que se acercaban a ellas. Mucho menos le gustaba que la llamara «mujer», como hacían las existencias de olores fuertes y sonidos graves que la visitaban para realizar poco después sonidos raros, peculiares, que lo impregnaban todo con aromas fuertes de regusto ácido.

No. Charni debía llamarla «mamá» y, por alguna razón, le gustaba aquella articulación. Cuando pensaba o pronunciaba los sonidos que formaban aquella palabra, inmediatamente la asociaba a protección, caricias, alimento, enseñanza.

Ah... El mundo era tan intrincado... No existían absolutos, solo referenciales y conjuntos. Ramales complejos cuyo origen se desarrollaba desde sus propias percepciones. La percepción de sí misma y su relación con el mundo que la envolvía, se movía, existía a su alrededor.

El tacto definía dimensiones, contornos, límites, y proporcionaba conceptos sensoriales. Los ruidos marcaban posiciones; revelaban existencias; daban nombre a las distintas entidades que las palabras táctiles no eran capaces de concretar. Y los aromas y sabores terminaban de perfilar la amalgama hasta darle total consistencia.

A veces emitía ruidos y vibraciones a cierta altura de su existencia, dentro de ella, y su contorno se volvía húmedo y

pegajoso siempre que se preguntaba qué sucedería si le faltara alguno de aquellos sentidos.

No, no, no. No quería ni pensar en cómo el mundo perdería consistencia, se volvería algo extraño, confuso, ilimitado e indefinido, al no poder percibirlo ni definirlo en su totalidad.

Los límites de Charni seguían aumentando casi al mismo ritmo al que ella seguía aprendiendo a definir el mundo que la rodeaba. Mamá, que casi nunca se despegaba de ella, era la que le enseñaba las distintas articulaciones de sonidos y texturas necesarias para comprender lo que existía a su alrededor.

En cierto momento, Mamá la agarró por el contorno medio-superior con firmeza y la desplazó por el espacio infinito, dejándola en su recorrido sin más contacto con el mundo que la leve presión de esta y una sensación extraña, a la vez que placentera, en un punto medio de su existencia.

Luego, para su desconcierto, la obligó a tener contacto con la superficie que hasta entonces había percibido a lo largo de su contorno, pero solo le dejó hacerlo a través de sus recolectores inferiores.

—Venga, Charni. Tú puedes —le dijo Mamá—. No te dobles. Apóyate en ellos. Siente la superficie solo en esa zona. Vamos. Firme.

Charni no entendía la mayoría de las articulaciones, ni tampoco sus implicaciones, por lo que le costó comprender lo que Mamá le pedía que hiciera en realidad, y más aún ejecutarlo eficientemente. Sin embargo, ni Mamá se rendía ni dejaba que ella lo hiciera.

De manera casi sistemática, la sujetaba, la obligaba a afianzar sus recolectores en la superficie inferior, y luego la guiaba para que le palpara los largos y rectos contornos inferiores y así memorizara cómo debía obligar a los suyos

propios, más cortos y ligeramente curvos, a permanecer de la misma manera. Seguidamente se alejaba de ella y no se acercaba hasta que los contornos medio-inferiores de Charni tocaban de pleno la superficie baja del mundo. Y entonces... volvía a repetir la operación.

Tras muchos, muchos intentos y mucho, mucho esfuerzo, consiguió que sus recolectores inferiores la obedecieran. Así, ni perdía el contacto en ningún momento con la superficie bajo ellos, ni otras zonas de su contorno la acababan tocando.

Recibió de Mamá caricias y sonidos agradables que le hicieron sentirse casi en éxtasis. Pero la celebración duró poco.

No fueron muchos los momentos que transcurrieron antes de que Mamá la obligara a desplazarse por la superficie, primero obligándola a arrastrar los recolectores y después haciendo que, por turnos, estos perdieran momentáneamente el contacto con lo que tenía debajo y... ¡se desplazaran en la nada!

Fue toda una odisea y un enorme esfuerzo realizar lo que Mamá le exigía aunque, por alguna extraña razón, se sentía feliz cada vez que lo conseguía.

Perdió la noción del transcurso de los momentos, así como la cantidad de intentos que tuvo que realizar hasta que pudo desplazarse sola, sin el tacto seguro de Mamá. Y cuando lo consiguió... el mundo se volvió aún más grande y espacioso de lo que Charni había supuesto hasta entonces. Y era un descubrimiento maravilloso.

Existían más contornos, existencias, texturas. Lo percibía con sus recolectores, lo olía, lo golpeaba para obligarlo a producir ruido, lo saboreaba todo hasta tenerlo memorizado por completo. Luego preguntaba a Mamá por las articulaciones de sonidos que definían las entidades inertes que desconocía, y terminó así de darle consistencia y límites al nuevo espacio descubierto, explorado y conquistado.